

jóven piomontes, que hacia veces de vice-cónsul en Kaifá, desde la toma y destruccion de Acre. M. Bianco, cónsul de Cerdeña en Siria, le habia escrito sin que lo supiéramos, recomendándonos á él para el caso de que pasásemos por Kaifá. Llegóse á nosotros, nos preguntó nuestros nombres, y nos condujo á la puerta de la casita arruinada donde vivia con su madre y dos hermanas jóvenes. Dejamos nuestros caballos y nuestros árabes acamparse en la orilla del mar, junto á la ciudad, y entramos en la casa del Sr. Malagamba, que así se llama este jóven y amable vice-cónsul, el único europeo que queda en este campo de batalla desolado, desde la completa ruina de Acre por los egipcios.

Un pequeño patio, una escalera de madera, conducen á una azotea cubierta de hojas de palmera; detrás de esta azotea, hay dos cuartos desmantelados y rodeados solamente de un divan, único mueble indispensable del pobre, como del rico, en todo el Oriente;—algunos tiestos de flores en la azotea;—una pajarera poblada de lindas palomas grises, criadas por las hermanas del señor Malagamba;—varias tablas alrededor de las paredes en que están colocadas con orden tazas, pipas, copillas de licor, pebetes de plata para los perfumes, y crucifijos de madera, embutidos de nacar, hechos en Belén:—tal era todo el mueblage de aquella pobre casa, donde una familia solitaria representa, por mil

piestras de sueldo (sobre mil doscientos reales) una de las potencias de nuestra Europa.

Madama Malagamba, la madre, nos recibió con las ceremonias acostumbradas en el pais; presentónos los perfumes y las aguas de olor, y apénas estábamos sentados en el divan, enjugándonos el sudor de las frentes, cuando sus dos hijas, dos celestiales apariciones, salieron de la pieza inmediata y nos presentaron agua de azahar y dulces secos en bandejas de porcelana de la China. Tal es el imperio de la hermosura sobre nuestra alma que, aunque devorados por la sed y rendidos por una caminata de doce horas, nos hubiéramos quedado en muda contemplacion delante de aquellas dos preciosas criaturas, sin llevar el vaso á nuestros labios, si la madre no hubiera instado á aceptar lo que nos presentaban sus hijas. Allí estaba el Oriente todo entero, tal cual yo me le imaginaba en mis juveniles años, llena la fantasía de las encantadas imágenes de sus novelistas y de sus poetas. Una de las hermanas era todavía muy niña; no era mas que el gracioso acompañamiento de la mayor, como aquellas imágenes que reflejan otra. Despues de habernos ofrecido todos los agasajos de la hospitalidad, la mas sencilla y poética sin embargo, las dos hermanas fueron tambien á sentarse junto á su madre en el divan, en frente de nosotros. ¡Ojalá me fuera dado poder representar con palabras aquel cuadro, para conservarle en estas notas

como lo veo en mi pensamiento! Pero tenemos en nosotros la facultad de sentir la belleza en todos sus matices, en todas sus delicadezas, en todos sus misterios, y no tenemos mas que una palabra vaga y abstracta para decir qué es la hermosura. Este es el triunfo de la pintura; ella espresa con un rasgo, conserva siglos y siglos la arrebatadora impresion de un rostro de muger, de quien el poeta solo puede decir: *Es hermosa*, y es preciso creerle sobre su palabra — pero su palabra no pinta.

Estaba, pues, la doncella sentada en la alfombra, con las piernas cruzadas á la manera oriental, apoyado el codo sobre la rodilla de su madre, el rostro un poco inclinado hácia atras, ora alzando sus azules ojos para espresar á su madre el candoroso asombro que le causaba nuestro aspecto y nuestras palabras, ora fijándolos en nosotros con graciosa curiosidad, luego bajándolos involuntariamente y ocultándolos bajo la larga seda de sus negras pestañas, miétras que un nuevo carmin coloraba sus mejillas ó vagaba en sus labios una ligera sonrisa mal contenida. Nuestro singular atavío era nuevo para ella, y la estrañeza de nuestros usos la tenia en continua admriacion; en vano su madre la hacia señas, para que no manifestase su sorpresa, por miedo de ofendernos; la sencillez y el candor de sus impresiones se revelaban á pesar suyo, en aquel rostro de diez y seis años, y su alma se pintaba en cada espresion de sus facciones con tal

gracia, con tal transparencia, que se veía su pensamiento bajo su cútis antes de que ella misma lo sospechase. Los pocos rayos del sol que se deslizan por entre la sombra sobre una agua límpida, son ménos móviles y diáfanos que aquella fisonomía, de la que no podíamos desprender nuestros ojos, y cuyo solo aspecto, que ninguno de nosotros olvidará jamas, nos hacia ya descansar de todas nuestras fatigas.

La señorita Malagamba tiene aquel género de hermosura que no se puede encontrar mas que en el Oriente: — la forma perfecta, como lo es en la estatua griega; — el alma revelada en la mirada, como en las razas del Mediodía; — y la sencillez en la espresion, como no ecsiste mas que entre los pueblos primitivos: cuando estas tres condiciones de la hermosura se reunen en una muger, y se armonizan en un rostro con la primera flor de la adolescencia; cuando el pensamiento vagaroso y errante en la mirada ilumina dulcemente con sus húmedos rayos unos ojos que se dejan leer hasta el fondo del alma, porque la inocencia no sospecha que haya que ocultar nada; cuando la delicadeza de los contornos, la pureza virginal de las líneas, la elegancia y la morbidez de las formas revelan á la vista aquella voluptuosa sensibilidad del ser nacido para amar, y mezclan de tal suerte el alma y los sentidos que no sabe uno, cuando los contempla,

si siente ó sí admira, entónces la hermosura es completa, y se experimenta, á su aspecto, aquella cumplida satisfaccion de los sentidos y del corazon, aquella armonía de goces que no es lo que llamamos amor; pero que es el amor de la inteligencia, el amor del artista, el amor del genio á una obra perfecta. Se dice uno á sí mismo: aquí se está bien, —y no puede arrancarse de aquel sitio donde acaba de sentarse con indiferencia; tan cierto es que lo bello es la luz del espíritu y el invencible atractivo del corazon!

Su traje oriental realzaba singularmente los encantos de su persona; sus largos cabellos, de un color rubio subido y ligeramente dorados, estaban prendidos en mil trenzas que caian por ambos lados sobre sus espaldas desnudas; una confusa mezcla de perlas, de zequies de oro ensartados, de flores blancas y coloradas, cubria sus cabellos, como si una mano llena de estos objetos se hubiera abierto á la casualidad sobre aquella cabeza, y hubiera derramado sobre ella sin eleccion aquella lluvia de flores y joyas: todo le sentaba bien,—nada puede deslucir una cabeza de quince años: su pecho estaba descubierto, segun la costumbre de las mugeres de Arabia; una túnica de muselina bordada de flores de plata, estaba ceñida con un chal alrededor de su cintura; sus brazos estaban metidos en las mangas flotantes y abiertas hasta el codo de una chaqueta de paño verde, cuyas dos solapas pen-

dian libremente sobre las caderas; anchos pantalones de mil pliegues completaban aquel traje, y ceñian sus piernas desnudas encima de los tobillos dos manijas de plata cincelada: una de aquellas manijas estaba adornada de cascabelillos de plata, cuyo ruido acompañaba el movimiento de sus piés. Ningun poeta ha pintado jamas tan hechicera aparicion: la Aidé de lord Byron, en Don Juan, tiene algo de la señorita de Malagamba; pero dista muchísimo de aquella perfeccion, de gracia, de inocencia, de dulce turbacion, de voluptuosa languidez y de espléndida serenidad que se confunden en aquel semblante todavía infantil.

La grabo en mi memoria para pintarla mas adelante, como el tipo de la belleza y del amor puros, en el poema en que quiero consagrar mis impresiones.

Hermoso cuadro hubiera podido hacer un pintor, si hubiera habido alguno entre nosotros, copiando aquella escena de viage. Nuestros vestidos turcos, ricos y pintorescos; nuestras armas de todas especies, tiradas por el suelo alrededor nuestro; nuestros lebreles tendidos á nuestros piés; aquellas tres mugeres sentadas al uso oriental en frente de nosotros sobre una alfombra de Alepo; sus actitudes llenas de sencillez, de originalidad y de molicie, la espresion de sus fisonomías mientras yo les contaba mis viages, ó comparábamos nuestros usos de Europa con el género de la hospitali-

dad que nos ofrecian; los pebetes de perfumes que ardian en un rincon embalsamando el aire de la tarde; las formas antiguas de los vasos en que se nos ofrecian los sorbetes ó las bebidas aromatizadas; todo esto en medio de una estancia desmantelada, abierta sobre el mar, y donde las ramas de una palmera que habia en el patio se introducian por anchas aberturas sin ventana. Siento no llevar este recuerdo para mis amigos como lo llevo en mi imaginacion.

Madama Malagamba, la madre, es griega y natural de la isla de Chipre, donde se casó, á la edad de catorce años, con el señor Malagamba, acaudalado comerciante franco, que era al mismo tiempo cónsul en Larnaca. Desgracias y revoluciones arruinaron al señor Malagamba, por lo que fué á solicitar un empleo de agente consular en Acre, donde murió, dejando á su muger y cuatro hijos en la mayor miseria. Su hijo, mozo notable por su honradez y su inteligencia, fué empleado por algunos cónsules, y obtuvo en fin el destino de agente consular de Cerdeña en Kaifá: con los escasos emolumentos de este precario empleo mantiene á su madre y á sus hermanas. La hermana mayor de la señorita Malagamba, no menos hermosa que la que tanto hemos admirado, inspiró, nos han dicho, una pasion tan viva á un jóven religioso del convento de Kaifá, que se fugó en un buque inglés, abrazó la religion protestante á fin de poder pe-

dirla en matrimonio, y probó todos los medios de robarla bajo diferentes disfraces: todavía, en la época de nuestra residencia, se le creia escondido en algun pueblo de la costa de Siria para ejecutar su proyecto; pero las autoridades turcas vigilaban la seguridad de aquella familia, y si los frailes, que ejercen sobre los religiosos de su Orden la justicia mas arbitraria é inflexible, llegasen á descubrir al fugitivo, expiaria en un eterno cautiverio el insensato amor que encendió en su corazon aquella fatal hermosura. No vimos á aquella hermana.

Acercábase la noche, y era preciso en fin arrancarnos al encantamiento de aquella recepcion, é ir á buscar un asilo en el convento del monte Carmelo: el señor Malagamba habia ido á anunciar á los padres los numerosos huéspedes que les llegaban. Pusímonos en pié y no tuvimos mas remedio para obedecer á los usos del país, que dejar á la señora y la señorita Malagamba acercar sus labios á nuestras manos, y volvimos á montar á caballo.

El monte Carmelo empieza á elevarse á algunos minutos de camino de Kaifá; subímosle por un camino bastante bueno, labrado en la peña;—cada paso que dábamos nos descubria un horizonte nuevo en el mar, en los collados de la Palestina y en las playas de la Idumea. A mitad del camino, encontramos uno de los padres del Carmelo, que, ha

ce cuarentaa años, habita una casilla que sirve de hospicio para los pobres en la ciudad de Kaifá, y que sube y baja dos veces por dia la montaña para ir à hacer oracion con sus hermanos. La dulce espresion de serenidad de alma y de alegría de corazon que brillaba en todas sus facciones, nos produjo una vivísima impresion;—esas espresiones de felicidad sosegada é inalterable nunca se encuentran mas que en los hombres de sencilla y trabajosa vida y de generosas resoluciones. La escala de felicidad es una escala descendente; mucha mas se halla en las humildes situaciones de la vida que en las posiciones elevadas. Dios da á los unos en felicidad interior lo que da á los otros en brillo, renombre y caudal. Mil veces he hecho la prueba de esta verdad;—entremos en un salon, busquemos el hombre cuyo rostro respira mayor suma de contentamiento íntimo, y preguntemos su nombre;—de cierto es un desconocido pobre y desatendido del mundo: dó quiera y en todo se revela la Providencia.

A la puerta del hermoso monasterio que se alza en la actualidad, todo construido de nuevo, y resplandeciente de blancura, en la mas aguda punta del tope del Carmelo, nos estaban aguardando dos padres, únicos moradores de aquel vasto y magnífico retiro de cenobitas. Recibiéronnos como á paisanos y amigos: pusieron á nuestra dispo-

sicion tres celdas provistas cada cual de una cama, mueble raro en Oriente, de una silla y de una mesa: nuestros árabes se establecieron con nuestros caballos en los espaciosos patios interiores del monasterio. Sirviéronnos una cena compuesta de pescado fresco y de verduras cultivadas entre las peñas de la montaña. Pasamos una noche deliciosa, despues de tantas fatigas, sentados en los anchos balcones que señorean el mar y las cavernas de los profetas. Una luna serena flotaba sobre las olas cuyo murmullo y cuya frescura subian hasta nosotros. Prometímonos pasar en aquel asilo todo el dia siguiente, para que descansasen nuestros caballos y renovar nuestras proviciones, supiéramos á entrar en un pais nuevo donde ya no hallariamos pueblos ni aun aldeas, y muy rara vez manantiales de agua dulce, y veíamos estenderse delante de nosotros cinco dias de desierto.

22 de Octubre de 1832.

Dia de descanso pasado en el monasterio del monte Carmelo ó empleado, en recorrer los puntos bellos de la montaña y las grutas de Elias y de los profetas. La principal de estas grutas, evidentemente labrada por mano del hombre en la roca mas dura, es una sala de prodigiosa elevacion; no